

## EL DESARROLLO DE LA COMPRENSIÓN DE LA MUERTE EN LOS NIÑOS

*Ramiro Tau*  
*rtau@psico.unlp.edu.ar*  
*Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)*

En la exploración científica de lo específicamente humano no se ha reconocido suficientemente a la muerte como un punto de trascendencia de lo natural o como zona de interfase entre la naturaleza y la cultura (Morin, 1970). De hecho, el tratamiento que los hombres hacen de la muerte parece ser tan característico de lo humano como el lenguaje y el uso de las herramientas materiales y simbólicas. Rituales, ceremonias y creencias son parte del entramado simbólico que humaniza un fenómeno que es, simultáneamente, natural y cultural. No todos los grupos humanos desarrollaron un lenguaje escrito; no parece, igualmente, ser propiedad exclusiva del Hombre la representación o el uso de signos; la inteligencia, entendida como resolución no instintiva de problemas, tampoco es infrecuente entre algunos animales. Sin embargo, no se conoce otra especie que dé cuenta de una creencia en alguna existencia post mortem. La muerte es un fenómeno observable para todas las culturas de todas las épocas (Ariès, 1975; Thomas, 1975). No hay grupo humano que no haya tematizado en religiones, mitos, leyendas o teorías explicativas, el fenómeno de la muerte. La identidad, por ejemplo, una categoría que intuitivamente podría considerarse transcultural y estable a lo largo de la vida de un individuo, ha sido discutida por los estudios antropológicos que nos enseñaron la existencia de culturas en las que la percepción de la mismidad puede transformarse en todas sus dimensiones, varias veces en el curso de una vida (Cooley, 1902, Goffman, 1959, 1961, Mead, 1934). Así, la muerte, mucho más que la percepción de la propia existencia, parece ser un observable transcultural que adquiere la universalidad que caracteriza los hechos de la naturaleza y la relatividad propia de los hechos de la cultura. Asumir su universalidad y al mismo tiempo su particularidad nos conduce a la paradoja que la caracteriza en tanto objeto de conocimiento (Tau & Lenzi, 2009).

Evidentemente es posible considerar muchas aristas relacionadas con la muerte y su tramitación psíquica y social. La antropología, por ejemplo, ha contribuido a develar el modo particular en que la cultura organiza sus significados en torno a prácticas y creencias, e incluso cómo han variado históricamente estas significaciones que rodean el fenómeno de la muerte (Ariès, 1975, 1977; Morin, 1970; Thomas, 1975). La clásica tipología que sobre los idearios de la muerte realiza Ariès (1975), muestra cómo a partir del estudio de algunos rituales, cosmovisiones e instituciones occidentales, se pueden reconocer las representaciones sociales en las que se fundan (Ceriani Cernadas, 2001; Moscovici, 1961). En los términos de Moscovici las representaciones sociales son “teorías implícitas” sobre el mundo social (Jodelet, 1984), formas de interpretar, de pensar y de conocer la realidad cotidiana:

[...] a system of values, ideas and practices with a twofold function; first to establish an order which will enable individuals to orient themselves in their material and social world and to master it; and secondly to enable communication to take place among the members of a community by providing them with a code for social exchange and a code for naming and classifying unambiguously the various aspects of their World and their individual and group history. (Moscovici, 1973, p. xiii).

Sin embargo, es preciso recordar que la realidad de estas representaciones sociales no está constituida por las ideas o alguna forma de entidad platónica. Su estatuto ontológico es el de las acciones sociales cotidianas. Es así que las diferentes representaciones sociales se inscriben en intercambios sociales, en rituales y en instituciones, haciéndolas tan mutables como las prácticas en las que se expresan. Desde la “muerte domesticada” de la Edad Media, signada por una familiaridad de la experiencia cotidiana con los moribundos, hasta la actual “muerte prohibida”, en que la soledad de la privatización, la medicalización y la clandestinidad de la muerte son el efecto de una discreción moderna empeñada en reducir los duelos y lutos, se han descrito diferentes *praxis* y representaciones institucionalizadas de ella.

Por otra parte, el psicoanálisis se ha ocupado extendidamente de los procesos psíquicos implicados en el duelo normal y patológico ante la pérdida, así como de las constelaciones afectivas que se organizan en torno a la consciencia de la finitud de la vida (algunas obras clásicas destacables son las de Aulagnier, 1968; Freud, 1920, 1923; Klein, 1932, entre muchas otras). En la línea de los “cuidados paliativos” también se ha perfilado un grupo de investigaciones clínicas – eclécticas, por cierto – tendientes a indagar y tratar las reacciones de los pacientes ante las enfermedades terminales, la muerte de familiares o personas cercanas (ver, por ejemplo: Biank & Werner-Lin, 2011; Black & Urbanowicz, 1987; Cohen, Mannarino, & Deblinger, 2006; Higgins, 1999; Kübler-Ross, 1975, 1983; Markusen & Fulton, 1971; Pettle, 1998; Rodrigues de Lima & Kovács, 2011; Willis, 2001). Tenemos, así, desarrollos teóricos para los que la muerte es el núcleo de prácticas sociales, de fenómenos afectivos o psicopatológicos.

A continuación nos centraremos en relevar ciertas problemáticas que atraviesan a la psicología del desarrollo cuando se investiga el fenómeno de la muerte como objeto de conocimiento y, en particular, cuando se lo estudia en el desarrollo infantil.

### **La muerte como objeto de conocimiento: investigaciones en el campo de la psicología del desarrollo**

Ahora bien, ¿qué sabemos de la muerte en tanto objeto de conocimiento? ¿Qué piensan los sujetos sobre la muerte? ¿El origen de las ideas individuales sobre la finitud, es social? ¿Es posible estudiar las ideas subjetivas sobre la muerte sin confundirlas con las manifestaciones culturales? Una respuesta posible consiste en apelar a las prácticas culturales e históricamente instituidas, para reconocer allí un conjunto de pensamientos y creencias sobre la muerte. Pero en

ese caso no estaríamos haciendo una psicología de la muerte, sino una antropología o una historia de la muerte –lo que también puede señalarse para cualquier objeto de conocimiento: si bien hay una dimensión histórico-antropológica en la que se le reconoce un valor y una significación social contextual, persiste el problema acerca de los mecanismos y procesos psíquicos que explican la aparición subjetiva de determinadas creencias, pensamientos o sistemas de ideas–. Si aceptamos que el fenómeno de la muerte configura un objeto de conocimiento social por antonomasia –ya que participa de todas las propiedades de estos objetos y es al mismo tiempo ineludible para cualquier grupo humano–, es esperable que la psicología se haya ocupado de las ideas, creencias y representaciones sobre la muerte. ¿Qué sabemos sobre el conocimiento espontáneo que los sujetos construyen sobre el fin de la vida? ¿Cuándo aparece el conocimiento sobre la muerte? ¿Se desarrolla gradualmente la noción de muerte, hasta alcanzar algún nivel adulto estable? ¿Qué piensan los niños sobre la muerte? ¿Desde cuándo? ¿De qué manera participan las representaciones sociales del grupo de pertenencia en el conocimiento que los sujetos tienen sobre este objeto?

A pesar del lugar central que la muerte tiene entre los hechos humanos, comparativamente es muy poco lo que se ha investigado acerca de lo que los sujetos conocen, imaginan o piensan sobre esta temática, y de las transformaciones que estos conocimientos muestran a lo largo del desarrollo humano. Por esta razón es que quisiéramos señalar esta notable vacancia de la psicología del desarrollo cognitivo y, al mismo tiempo, comunicar la línea de investigación que venimos desarrollando, orientada por algunas de las preguntas mencionadas en el párrafo anterior<sup>10</sup>.

Es difícil indicar un comienzo absoluto para una tradición de investigaciones sobre un tema porque las preguntas que la orientan, como los vástagos de una planta, no podrían nacer sino de unas ramificaciones preexistentes. Con cierto grado de injusticia, entonces, es posible reconocer un hito fundacional en los estudios sobre el desarrollo infantil de la comprensión de la muerte. La publicación de Schilder y Wechsler, “The attitudes of children toward death” (1934), presentó una de las investigaciones en la que se exploraron sistemáticamente, por primera vez en el campo de la psicología, las ideas infantiles acerca de la muerte, en niños de 5 a 15 años. Mucho más que las respuestas que en ese trabajo se esbozaron, nos interesa el enfoque metodológico adoptado. Una de las estrategias de indagación utilizadas consistió en una entrevista individual en la que se le pidió a cada niño que mirara a una muñeca de porcelana sentada. El entrevistador empujaba a la muñeca con su dedo, provocando una caída sobre una mesa, más o menos estruendosa. Luego se volvía a enderezar a la muñeca y se repetía la caída, sin decir una sola palabra. Con estas repeticiones se esperaba que los niños expresaran “you have knocked her over”, “you have killed her”, “she is dead”, o frases similares. Si esto no ocurría, se le preguntaba explícitamente

---

<sup>10</sup> Investigación doctoral sobre *El desarrollo de la comprensión infantil de la muerte*. Financiada por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y desarrollada en el Instituto de Investigaciones en Psicología de la Universidad Nacional de La Plata, periodo 2009-2014. Doctorando: Ramiro Tau; dirección: Alicia M. Lenzi; codirección: José Antonio Castorina.

“what has happened?”, esperando así aproximarse a las ideas infantiles espontáneas sobre la muerte y su relación con un acontecimiento violento. La originalidad de este diseño radica en la posibilidad de interrogar a un niño pequeño sin recurrir a las preguntas cerradas de los cuestionarios o a las consignas de los tests utilizados con los adultos (algo que, por ejemplo, sí hicieron estos mismos autores con los niños de mayor edad, o Cotton & Range en su exploración de 1990, en la que utilizaron las escalas FSSC, de Scherer & Nakamura, HSC, de Kazdin et al. y QEHAD, de Smilansky). Sin duda es posible formular muchas críticas a esta elección metodológica, pero no resulta sencillo proponer alternativas para indagar rigurosamente las ideas que los niños tienen sobre la muerte. En este campo, a la dificultad usual de toda investigación en psicología infantil, se agrega la que es propia de un tema que es fuente de angustia, inhibiciones y velos sociales.

En esta línea, autores como Anthony (1939, 1940), enfatizaron la dimensión evolutiva de la noción de muerte, mostrando diferencias entre los grupos etarios de niños entrevistados, diferencias que iban desde la incomprensión de la palabra “muerte” hasta el conocimiento caracterizado por una definición biológicamente precisa. La búsqueda de niveles fue reconfirmada por investigaciones como la de Nagy (1948), quien analizó narrativas orales y escritas de 378 niños de Budapest, de 3 a 10 años. Las conclusiones más relevantes del estudio fueron las siguientes:

“(1) The child who is less than five years of age usually does not recognize death as an irreversible fact; in death he sees life. (2) Between the ages of five and nine, death is most often personified and thought of as a contingency. (3) Only at the age of nine and later does he begin to view death as a process which happens to us according to certain laws”. (Nagy, 1948, pp. 80-81).

El desarrollo constatado por Nagy introdujo dos observaciones centrales que orientaron las indagaciones futuras: el tránsito de la creencia en *la reversibilidad hacia la irreversibilidad de la muerte* y la *personificación animista* con la que suele ser caracterizada por los más pequeños. Este último aspecto observado –la personificación de la muerte– es una llave para resolver lo que pensamos que es un problema frecuentemente desatendido: la relación entre la cognición y las representaciones sociales del grupo de pertenencia. En efecto, contra todas las previsiones, los estudios inspirados en la investigación de Nagy realizados fuera de Hungría no encontraron la sistemática personificación de la muerte que mostraron los niños de Budapest. Y desde nuestra perspectiva, la hipótesis más plausible para explicar esta discrepancia parece ser la que relaciona las ideas infantiles sobre la muerte con las representaciones sociales contenidas en las leyendas y tradiciones del folclore Húngaro, en las que son frecuentes las imágenes antropomórficas de la muerte (Kastenbaum, 2000).

Más recientemente, una nueva orientación en este campo mostró que la comprensión de la muerte consiste en una apropiación gradual de subnociones, que están integradas en la idea

adulta de la muerte (Bolduc, 1972; Childers & Wimmer, 1971; Elkind, 1977; Kane, 1979; Smilansky, 1987; entre otros). En ese sentido, la muerte es una noción compleja en la que están implicadas otras subnociones, como las de *universalidad* –todos los seres vivos se mueren–, *causalidad* –la muerte siempre es producida por una causa de la que es efecto– o *irreversibilidad* –no es posible volver a vivir una vez que se ha muerto–. La adquisición progresiva y secuenciada de tales componentes nocionales durante la infancia permite definir niveles del desarrollo, en los que se van integrando estas subnociones hasta alcanzar una perspectiva “adulta” sobre la muerte. Orientada por esta perspectiva, se ha emprendido una exploración metodológicamente variada de los subcomponentes implicados en las creencias, ideas y representaciones de la muerte (Bonoti, Leondari & Mastora, 2013; Guy, 1993; Mahon, Goldberg & Washington, 1999; Tamm & Granqvist, 1995; Yang & Chen, 2002, 2006; entre otros).

Muchas de las investigaciones mencionadas han sido objetadas, porque las replicaciones de los procedimientos en otros contextos socio-culturales condujeron a resultados divergentes. Según nuestro punto de vista, es indudable que las representaciones sociales del contexto (en el sentido establecido por Moscovici, 1961) intervienen en la forma en la que se concibe a la muerte –el estudio de Nagy (1948) con los niños de Budapest abona esta hipótesis–. Así, resulta esperable una variación de los sistemas de ideas sobre la muerte en función de la cultura a la que pertenecen los sujetos. Pero ciertamente existe otro problema, de tipo metodológico, que está en el origen de la contradicción entre los resultados. El instrumento seleccionado para obtener los datos modifica lo que se vuelve observable para un investigador, así como los hallazgos son, en última instancia, producto de los presupuestos teóricos asumidos –sean estos implícitos o explícitos–. Dicho brevemente, es posible afirmar que las diferentes investigaciones se han ocupado de indagar conocimientos subjetivos de muy distinto tipo. Bajo la pregunta genérica acerca de lo que un sujeto piensa o cree sobre la muerte pueden convivir interrogantes heterogéneos. ¿Es posible, entonces, investigar las ideas sobre la muerte? ¿O estamos ante un objeto vaporoso que se confunde con prácticas sociales, conocimientos e ideologías?

### **El enfoque general de nuestra investigación**

En nuestro estudio empírico –realizado en la ciudad de La Plata, Argentina– supusimos que existen sistemas de ideas sobre la muerte y que estas caracterizan un conocimiento que aparece tempranamente en el desarrollo infantil. Los niños de 4 o 5 años frecuentemente utilizan alguna noción de muerte en sus juegos y narrativas; por ello, creímos factible investigar esas nociones en niños pequeños y sus posibles transformaciones observables en grupos de niños mayores. Un punto nodal de la investigación ha sido indagar si la noción de muerte se desarrolla de manera análoga a otras nociones o conceptos cotidianos, es decir, si obedece a los mismos mecanismos de transformación y si se da en etapas de complejidad creciente, un interrogante central en psicología del desarrollo. Igualmente, nos preguntamos qué relación existe entre lo que los sujetos conciben y las ideas y prácticas del grupo de pertenencia. Con el propósito de

pesquisar esas influencias socio-culturales, dividimos las muestras de niños y de sus respectivos padres en dos grupos distintos, de acuerdo a sus creencias religiosas y no religiosas, a fin de analizar las diferencias entre ambos. Cabe señalar que en presente artículo no nos ocuparemos de los padres, ya que nos concentramos en la problemática infantil.

Pero subsiste todavía el problema metodológico referido al acceso al punto de vista infantil, a lo que piensa un niño sobre la muerte. Desde nuestro enfoque, la solución no se encuentra en un interrogatorio directo sobre qué es la muerte. No sólo porque, como ha sido constatado por otros autores, sería inconducente para una entrevista con niños pequeños, sino porque, en la infancia, el desarrollo del lenguaje y de ciertas relaciones lógicas no son equivalentes a las del adulto. En consecuencia, decidimos diseñar un instrumento de exploración que pudiera ser sistemático, sin alejarse de la perspectiva original de cada sujeto, y dirigido hacia los focos temáticos que deseábamos investigar. Inspirados en la modalidad de indagación clínica piagetiana (Castorina, Fernández & Lenzi, 1984; Inhelder, Bovet & Sinclair, 1974; Piaget, 1926; Vinh-Bang, 1966), pusimos a prueba diferentes diseños de entrevistas que nos permitieran preguntar por la muerte sin introducir nosotros el tema como un contenido impuesto. El desafío consistió, entonces, en establecer una estrategia para que el mismo niño introdujera el tema en la entrevista –espontáneamente, desde su propia mirada, aunque guiado por nuestras intervenciones– así como sus consideraciones sobre el fin de la vida. En nuestra búsqueda, al inicio de la entrevista, les ofrecimos a sujetos de 4 a 11 años de edad dos hojas de un árbol, una verde y otra seca, para preguntarles por las semejanzas y diferencias. Al enunciar las diferencias, los más grandes no tardaban en apelar a la oposición viva-muerta a la que pretendíamos llegar, pero los más pequeños sólo se detenían en la descripción táctil y visual de las hojas comparadas, por lo cual el diseño no resultaba válido para todas las edades. Luego de varias modificaciones, encontramos una vía de acceso al tema atenuada e igualmente productiva para todos los grupos etarios. Es así que comenzamos la entrevista promoviendo una conversación sobre sus mascotas o sobre algunas que conocieran, para luego preguntarles qué ha sucedido con las que ya no tienen o si las que actualmente poseen o conocen estarán siempre con ellos. Precisamente, las mascotas son suficientemente próximas a los seres humanos como para soportar la personificación con casi todas las funciones del hombre, y suficientemente distantes como para evitar alguna forma de identificación inhibitoria.

En síntesis, definimos una entrevista semiestructurada –que nos permitía seguir la dialéctica propia de la indagación clínica-crítica–, con preguntas clave con las cuales explorar las ideas de niños de 5 a 10 años (N: 70); una muestra que dividimos en dos sub-grupos: miembros de familias religiosas –mayoritariamente católicos– y de familias agnósticas o ateas. Así también, diseñamos un instrumento con el fin de preguntar a los padres de estos niños (N: 70) acerca de las prácticas cotidianas y las experiencias del niño con la muerte de personas conocidas o mascotas. La hipótesis fundamental en la que se apoyó la decisión de entrevistar también a los padres es que los conocimientos infantiles se encuentran modulados por las representaciones

sociales del grupo de pertenencia. En este sentido, se admite que los conocimientos individuales se insertan en una trama de significaciones contextuales con las que se relacionan dialécticamente. En suma, de acuerdo a Jodelet (2002), el estudio de las representaciones sociales de un grupo social constituye una “vía para comprender el papel de la inscripción de los sujetos en un orden social y una historicidad, y dar cuenta de la construcción (...) de las interpretaciones que ellas producen en el marco de una cultura.” (Jodelet, 2002, p. 129, our translation). Es por ello que se indagaron las creencias familiares y el tipo de explicaciones que los padres dieron o darían al niño en caso de tener que explicar alguna muerte cercana. El análisis posterior de nuestros datos estuvo orientado, no sólo a determinar los niveles de comprensión infantil de la muerte, sino también a pesquisar las relaciones entre las respuestas familiares y los sistemas de ideas originales de los niños. No obstante, como señalamos anteriormente, no nos ocuparemos aquí de las entrevistas realizadas a los padres.

En este punto, y sin entrar en los detalles procedimentales de la investigación, quisiéramos detenernos para señalar una cuestión relativa al tema desde el cual partimos. Los datos obtenidos parecen reenviarnos, una vez más, a la tensión entre las viejas dicotomías de la historia de la psicología. Las ideas sobre la muerte de cada niño tienen un grado de originalidad que las hacen únicas. Simultáneamente, dan cuenta de creencias que son fuertemente ideológicas y que forman parte de las representaciones sociales del grupo de pertenencia. En esa intersección encontramos la originalidad y la reproducción, que hacen de la muerte un objeto de conocimiento complejo (Lenzi & Tau, 2011).

A modo de ejemplo, acudimos a una de las ideas infantiles espontáneas más extendida y recurrente en nuestra muestra y al mismo tiempo más variable en cada caso. Nos referimos a lo que podríamos denominar *persistencia de la vida post mortem*. Identificamos, de esta manera, a todas las conceptualizaciones de la muerte en términos de permanencia de algún tipo de actividad, de una “nueva vida”, o de la suspensión parcial de las manifestaciones vitales, por oposición a una detención o eliminación absoluta de las acciones de las personas muertas. Los niños de las familias religiosas suelen argumentar, de manera más o menos sofisticada, que los muertos siguen existiendo en el cielo, en el infierno o en algún otro sitio. Por una parte, encontramos las creencias en “el alma”, “el fantasma” o “el espíritu”, definidos ambiguamente como lo que está “adentro” del cuerpo, y que al morir la persona sale de él y se dirige “al cielo” o “con Dios”, “flotando” o “volando”. Aquí “el cielo” es siempre un concepto equivalente al de la experiencia cotidiana: el espacio en el que se observan los astros. Por otro lado, algunos niños refieren, de manera menos sofisticada, que lo que se “va al cielo” es sencillamente “la persona”. Para justificar este cambio de localización post mortem, construyen ideas realmente originales — por oposición a las ideas que pueden identificarse como provenientes de las representaciones religiosas, familiares o de la imaginería de la ficción y las narrativas populares— y la diferencia entre los grupos etarios radica en el grado de coherencia de los argumentos ofrecidos. Es así que los sujetos más grandes son capaces de advertir y compensar los problemas lógicos que resultan

de las aceptaciones simultáneas del entierro del cuerpo y del ascenso al cielo. Precisamente, parecería que las contradicciones que pueden suscitarse a partir de estas ideas inicialmente atomizadas, son las que fuerzan a los niños a introducir hipótesis explicativas coordinadas, integrando sistemas de ideas de distinto origen (Lenzi & Tau, 2011).

Al contrario de lo que habíamos previsto, los niños de familias agnósticas o ateas también creen, mayoritariamente, en una existencia post mortem, generalmente desplazada del lugar de la vida cotidiana. Una primera mirada de los datos nos llevaría a creer que no hay diferencias entre los niños de los grupos familiares distinguidos. Sin embargo, la argumentación en uno y otro grupo es distinta. Mientras que unos encuentran la evidencia de esta persistencia de la existencia en las creencias religiosas de su grupo familiar –el cielo, el infierno, las almas–, los otros también apelan a las representaciones disponibles en su grupo, entre las que encontramos aquellas que explican la conservación de la energía o las interacciones ecológicas entre seres vivos –digestión de microorganismos, transformación en nuevas formas de vida material, etc.–.

### **A modo de conclusión**

La noción de muerte se nos presenta como un objeto de conocimiento en el que participan aspectos ideológicos y conceptuales. Por ello, creemos que su estudio debería considerar los procesos psicológicos implicados, aunque siempre en el campo de las interacciones sociales y el particular contexto sociocultural en que ellas se generan. Explicar de qué manera participan las representaciones sociales en la producción de conocimientos individuales es un desafío a las tradiciones de investigación fundadas en la dicotomía de los procesos “internos” y “externos”, y el estudio de la comprensión de la muerte nos confronta con estos problemas teóricos y metateóricos (ver al respecto: Castorina, Barreiro & Clemente, 2005; Castorina, 2007, 2009; Duveen, 1997; Emler & Dickinson, 1993). Las investigaciones futuras nos permitirán afirmar, con mayor precisión, si esta intersección entre la cognición y las representaciones sociales es el origen de un nuevo campo de estudios, con sus principios y conceptos específicos, o sólo se trata de la redefinición y extensión de un programa de investigación de la psicología del desarrollo.

### **Referencias Bibliográficas**

- Anthony, S. (1939). A study of the development of the concept of death. *British Journal of Educational Psychology*, 9, 276-277.
- Anthony, S. (1940). *The child's discovery of death*. New York: Harcourt, Brace.
- Ariès, P. (1975). *Essais sur l'Histoire de la Mort en Occident du Moyen Age á nos Jours*. París: Seuil.
- Ariès, P. (1977). *L'Homme devant la mort*. París: Seuil.
- Aulagnier, P. (1968). Remarques sur le masochisme primaire, *Arc*, 34, 47-54.
- Biank, N. M., & Werner-Linn, A. (2011). Growing up with grief: revisiting the death of a parent over the life course. *Omega. Journal of Death and Dying*, 63(3), 271-290.



- Black, D., & Urbanowicz, M. A. (1987). Family intervention with bereaved children. *Association for child psychology and psychiatry review & newsletter*, 28, 467-476.
- Bolduc, J. (1972). *A developmental study of the relationship between experiences of death and age and development of the concept of death*. Doctoral Dissertation, Columbia University, Ann Arbor, Michigan.
- Bonoti, F., Leondari, A., & Mastora, A. (2013). Exploring Children's Understanding of Death: Through Drawings and the Death Concept Questionnaire. *Death Studies*, 37 (1), 47-60.
- Castorina, J. A. (2007). *Cultura y conocimientos sociales. Desafíos a la psicología del desarrollo*. Buenos Aires: Aique.
- Castorina, J. A. (2009). Gerard Duveen: un enfoque dialéctico para relacionar la teoría de las representaciones sociales y la psicología del desarrollo. *Psicología da educação, São Paulo*, 29, 7-26.
- Castorina, J. A., Barreiro, A., & Clemente, F. (2005). El conocimiento de los niños sobre la sociedad según el constructivismo y la teoría de las representaciones sociales. In J. A. Castorina (Coord.), *Construcción conceptual y representaciones sociales. El conocimiento de la sociedad* (pp. 177-204). Buenos Aires-Madrid: Miño y Dávila.
- Castorina, J. A.; Lenzi, A. M. & Fernández, S. (1984). Alcances del método de exploración crítica en psicología genética. In: J. A. Castorina, S. Fernández, A. M. Lenzi et al: *Psicología Genética. Aspectos metodológicos e implicancias pedagógicas* (pp. 83-118). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Ceriani Cernadas, C. (2001). Notas histórico-antropológicas sobre las representaciones de la muerte. *Archivos Argentinos de Pediatría*, 99 (4), 328-336.
- Childers, W., & Wimmer, M. (1971). The concept of death in children. *Child Development*, 42, 1299-1301.
- Cohen, J. A., Mannarino, A. P., & Deblinger, E. (2006). *Treating trauma and traumatic grief in children and adolescents*. New York: The Guilford Press.
- Cooley, c.h. (1902). *Human nature and the social order*. New York: Scribner's.
- Cotton, C. & Range, L. M. (1990). Children's death Concepts: Relationship to Cognitive Functioning, Age, Experience With Death, Fear of death, and Hopelessness. *Journal of Clinical Child Psychology*, 19, 123-129.
- Elkind, D. (1977). Life and Death. Concepts and feelings of children. In D. Elkind, *The child and society*. New York: Oxford University Press.
- Emler, N., & Dickinson, E. (1993). Studying social representations in children: just old wine in new bottles? In G. Bremaweil & D. Cunter (eds.), *Empirical approaches to social representations*. Oxford: Clander Press.
- Freud, S. (1920). *Jenseits des Lustprinzips*. *Internationaler Psychoanalytischer Verlag*.
- Freud, S. (1923). *Das Ich und das Es*. *Internationaler Psychoanalytischer Verlag*.
- Goffman, E. (1959). *The Presentation of Self in Everyday Life*. New York: Doubleday Anchor Books.
- Goffman, E. (1961). *Asylums: essays on the social situation of mental patients and other inmates*. New York: Doubleday Anchor Books.
- Guy, H. (1993). Exploratory study of elementary-aged children's conceptions of death through the use of story. *Death Studies*, 17(1), 27-54.
- Higgins, S. (1999). Death education in the primary school. *International Journal of Children's Spirituality*, 4(1), 77-90.
- Inhelder, B., Bovet, M., & Sinclair, H. (1974) *Apprentissage et structures de la connaissance*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Jodelet, D. (1984). Représentations sociales : phénomènes, concepts et théorie. In S. Moscovici, *Psychologie Sociale*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Jodelet, D. (2002). Les représentations sociales dans le champ de la culture. *Information sur les Sciences Sociales*, 41 (1), 111-133.
- Kane, B. (1979). Children's concepts of death. *The Journal of Genetic Psychology*, 134, 141-153.
- Kastenbaum, R. (2000). *The psychology of death*. New York: Springer Publishing Company.

- Kazdin, A. E., French, N. H., Unis, A. S., Esveldt-Dawson, K., & Sherick, R. B. (1983). Hopelessness Scale for Children, depression, and suicidal intent among psychiatrically disturbed inpatient children [HSC, Hopelessness Scale for Children]. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 51*, 504-510.
- Klein, M. (1932). *The psychoanalysis of children*. London: Hogarth Press
- Kübler-Ross, E. (1971). *On Death and Dying*. New York: Mc Millan.
- Kübler-Ross, E. (1983). *On Children & Death*. New York: Touchstone.
- Lenzi, A. M., & Tau, R. (2011). La comprensión de la muerte en los niños. Una mirada desde lo real, lo posible y lo necesario. *Revista de Psicología, Segunda época, 12*, 145-164.
- Mahon, M. M., Goldberg, E. Z., & Washington, S. K. (1999): Concept of death in a sample of Israeli kibbutz children, *Death Studies, 23* (1), 43-59.
- Markusen, E., & Fulton, R. (1971). Childhood bereavement and behaviour disorders: a critical review. *Omega. Journal of Death and Dying, 2*, 107-117.
- Mead, G. H. (1934). *Mind, self, and society*. Chicago: University of Chicago Press.
- Morin, E. (1970). *L'Homme et la mort*. Paris: Seuil.
- Moscovici, S. (1961). *La psychanalyse, son image et son public*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Moscovici, S. (1973). Foreword. In C. Herzlich, *Health and Illness*. London: Academic Press.
- Nagy, M. H. (1948). The child's view of death. In H. Feifel (1965), *The meaning of death* (pp. 79-98). New York: McGraw-Hill Paperbacks. [Reprinted from: Nagy, M. H. (1948). The child's theories concerning death. *Journal of Genetic Psychology, 3-27*.]
- Pettle, S. (1998). Thinking about the future when death is inevitable: consultations in terminal care. *Clinical Child Psychology and Psychiatry, 3*(1), 131-139.
- Piaget, J. (1926). Introduction. Les problèmes et les méthodes. In *La représentation du monde chez l'enfant* (pp. 5-30). Paris: F. Alcan.
- Rodrigues de Lima, V., & Kovács, M. J. (2011). Morte na família: um estudo exploratório acerca da comunicação a criança. *Psicologia: ciência e profissão, 31*(2), 390-405.
- Scherer, M. W., & Nakamura, C. Y. (1968). A fear survey schedule for children (FSS-FC): A factor analytic comparison with manifest anxiety [FSSC, Fear Survey Schedule for Children]. *Behaviour Research and Therapy, 6*, 173-182.
- Schilder, P., & Wechsler, D. (1934). The attitude of children towards death. *Journal of Genetic Psychology, 45*, 406-451.
- Smilansky, S. (1987). *On death: helping children understand and cope* [QEHAD, Questionnaire for Examination of Human and Animal Death]. New York: Peter Lang.
- Tamm, M. E., & Granqvist, A. (1995). The meaning of death for children and adolescents: a phenomenographic study of drawings. *Death Studies, 19*, 203-222.
- Tau, R., & Lenzi, A. M. (2009). La muerte: un objeto de conocimiento social. In *Memorias del II Congreso Internacional de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata*. [ISBN 978-950-34-0588-8].
- Thomas, L. V. (1975). *Anthropologie de la mort*. Paris: Payot.
- Valsiner, J. (1998). The development of the concept of development: Historical and epistemological perspectives. In W. Damon & R. Lerner (Eds.), *Handbook of child psychology. (5th ed.)*. Vol. 1. *Theoretical models of human development* (pp. 189-232). New York: Wiley.
- Vinh-Bang (1966). La méthode clinique et la recherche en psychologie de l'enfant. In J. Ajurriaguerra, F. Bresson, P. Fraisse, L. Goldmann & B. Inhelder, *Psychologie et épistémologie génétiques* (pp. 67-81). Paris: Dunod.
- Willis, C. A. (2001). The grieving process in children: strategies for understanding, educating, and reconciling children's perceptions of death. *Early childhood education journal, 29* (4), 221-226.
- Yang, S. C., & Chen, S-F. (2002). A phenomenographic approach to the meaning of death: a Chinese perspective, *Death Studies, 26*, 143-175.

Yang, S. C., & Chen, S-F. (2006). Content analysis of free-responds narratives to personal meanings of death among chinese children and adolescents. *Death Studies*, 30, 217–241.